

El honor como perplejidad

El rector Orihuela cayó del meteorito con fósil en mano: un código de conducta

JOSÉ CARRIÓN
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



Nos movemos con incertidumbre por tierras inciertas y, no en vano, nuestra existencia urbanita se nos muestra como una autopista sin carteles, minada de encrucijadas donde cada toma de decisiones adquiere naturaleza de reto por la supervivencia. Decía Gabriel García Márquez que los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga otra vez y muchas veces a volver a parirse a sí mismos.

Pero ahora es como si se nos hubiera usurpado la libertad, en lo que ésta contiene de prerrogativa para el error y la enmienda. Así, puede que una ética del buen gobierno sea la única red disponible para proteger nuestras conciencias en las caídas eventualmente inevitables.

Hace unos días se firmó el acuerdo para el Plan de Financiación Plurianual (2016-2020) de las Universidades públicas de la Región de Murcia. El convenio quedó escenificado en el Palacio de San Esteban por el presidente de la Comunidad Autónoma, Pedro Antonio Sánchez, y los dos rectores de las universidades públicas regionales, José Orihuela y José Antonio Franco. Un pacto que proporciona estabilidad presupuestaria y permitirá afrontar los costes de funcionamiento y las necesidades de personal, aparte de revisarse al alza por objetivos y según la evolución de la economía.

Excelente noticia para las universidades murcianas, y en el caso de la UMU, un éxito innegable de su rector y de su equipo económico; también un logro político del Gobierno regional y de la representación parlamentaria. Pero la noticia reclama si cabe más relevancia habida cuenta de lo que acontecía hace menos de un año, cuando el rector de la UMU tuvo que personarse en la Asamblea Regional para evitar un catastrofe financiera, después de meses peregrinando por despachos oficiales y aguantando estoicamente desplantes y argucias normativas que boicoteaban la supervivencia salarial de los empleados. Las actitudes fueron entonces distintas por un Ejecutivo regional atrincherado tras su mayoría parlamentaria.

Se nos dice a menudo que los gobiernos precisan mayorías absolutas, especialmente cuando, en el ejercicio de la responsabilidad del estadista, cabe tomar medidas impopulares. A los científicos, sin embargo, no nos gustan las teorías sin soporte factual. Adoramos las observaciones por sí mismas y disfrutamos con la variación accidental de las ex-

pectativas. Así que este Plan acredita justo lo contrario de lo que se nos repite: que la llegada al Gobierno regional de una amalgama compleja de partidos con cuotas de poder divididas ha generado un clima de consenso que resulta inédito en la historia reciente de nuestra Región. Tal vez deberíamos desear la dialéctica como liberación de atavismos absolutistas y el reparto del poder decisorio como base metódica para evitar nuestras pulsiones naturales o culturales hacia el tribalismo.

Se nos dijo, también, que Orihuela era el rector de algún partido político, tal vez de lo que José Luis Mendoza, presidente de la Fundación Universitaria San Antonio, ha denominado «fascismo de izquierdas de la Región de Murcia». Y ahora, estereotipo en mano, parece que algunos se asombran cuando contemplan una fotografía con Orihuela, Franco y el presidente Sánchez dándose la mano para celebrar el acuerdo.

La realidad resulta más prosaica. El rector de la UMU nunca se ha interesado por la praxis política, pues eligió la definición de rector más primitiva –guardián de universidad–, renunciando libremente a cualquier alternativa, como la de consejero meritario de tinglado político, empresarial o bancario. Su contrato de lealtad con la universidad, confirmado ante notario, es el que explica por qué protestó airadamente cuando cabía la protesta, por qué camina con sus estudiantes de Medicina por las calles de Murcia para defender la sanidad pública y por qué ahora agradece humildemente un acuerdo razonable como el que acabamos de presenciar.

En efecto, son malos tiempos para los tratos de mano y buenos tiempos para las tratas de mentes. Las personas pierden calidad ganando desconfianza, la palabra se deteriora mejorando las maniobras y la mentira vive cómodamente en todas las estancias, desde las instituciones hasta las relaciones personales. Pero como nos enseña René Char: «Toda la autoridad, la táctica y el ingenio no valen lo que una partícula de convicción al servicio de la verdad».

Así que tengamos por grato el advenimiento de cualquier dinosaurio capaz de atravesar la catastrofe cretácica de nuestra moralidad desmantelada para colarse a través de una universidad cualquiera en nuestro pequeño planeta posmoderno. Orihuela cayó del meteorito con fósil en mano: un código de conducta. Nada que hubiera sorprendido a mi abuelo. Tristemente para los traficantes de alboroto, esto lo transforma en predecible. Y sorprendentemente honorable.